

LAS PRÁCTICAS SEXUALES DE LOS JÓVENES EN DOS PAÍSES LATINOAMERICANOS Y SU RELACIÓN CON LOS CONTEXTOS SOCIALES Y LA DESIGUALDAD

Ivonne Szasz¹

Introducción

El presente trabajo tiene por finalidad explorar las posibles relaciones existentes entre las características de escolaridad y ocupacionales de la población joven en dos países latinoamericanos y los cambios recientes en las pautas de inicio de la vida sexual y el emparejamiento heterosexual de los jóvenes en ambos contextos.

Se busca comparar las situaciones de México y Chile porque, si bien ambos países comparten una extrema desigualdad en la distribución del ingreso, son diferentes en cuanto a las características del mercado de trabajo y la escolaridad de los jóvenes, así como en la separación entre prácticas sexuales y vida conyugal de las mujeres. La diferencia principal consiste en que en Chile las prácticas sexuales se inician predominantemente antes de la unión conyugal y mientras los y las jóvenes están estudiando, mientras que en México son más heterogéneas. La hipótesis consiste en que estas diferencias están relacionadas con la velocidad y la intensidad con la cual ambos países han transitado desde un modelo de estado bienestar hacia un modelo de estado subsidiario, o desde una economía mixta con importante participación estatal hacia una economía de mercado orientada a la exportación. Se trata de un ensayo exploratorio, pues resulta aventurado proponer una influencia de características de la estructura social en la homogeneidad o heterogeneidad de las prácticas sexuales de los jóvenes.

Por la complejidad que representa captar prácticas sexuales transgresoras de las normas hegemónicas en una encuesta por muestreo, esta

exploración se limitará a lo que declaran los jóvenes, hombres y mujeres, sobre sus prácticas heterosexuales en las encuestas por muestreo. Considero importante tomar en cuenta ciertas características estructurales de las sociedades, además de los cambios culturales, para el diseño de políticas públicas relacionadas con los comportamientos sexuales.

Cambios en el mundo del trabajo y cambios en las relaciones de género y en la sexualidad.

La demografía histórica y antropológica ha propuesto la existencia de relaciones entre las transformaciones de la estructura productiva y los cambios en las pautas reproductivas, de emparejamiento y de parentesco que se relacionan con cambios en las normas y las prácticas sexuales (Tilly, 1978; Caldwell, 1982; Bozon y Leridon, 1996). De acuerdo con estos planteamientos, las gigantescas transformaciones en las pautas reproductivas de la población latinoamericana ocurridas durante el siglo XX se relacionan con la expansión del trabajo asalariado, el retroceso de las formas campesinas de producción y el papel del estado benefactor como garante de la conciliación entre familia y trabajo. Tanto los procesos de industrialización sustitutiva de importaciones como el carácter público de los servicios educativos, de salud, de vivienda y de seguridad social permitieron el predominio de las formas modernas de emparejamiento y procreación en la región, basadas en la idea del amor romántico, la libertad de elección del cónyuge y la división genérica del trabajo consistente en un jefe de familia varón y proveedor, una mujer esposa dedicada a las labores del hogar y la crianza, y unos hijos que asisten a la escuela por períodos prolongados (Olavarria, 2006:40-60).

Por otra parte, la literatura económica y sociológica y la socio-demografía de los mercados de trabajo afirma que en las últimas décadas del siglo XX se ha producido una gigantesca transformación productiva en escala global. El mecanismo fundamental de la acumulación de capitales dejó de ser la apropiación de plusvalía en los procesos manufactureros de las grandes ciudades. El estudio de la división sexual del trabajo, de las relaciones de género, de los vínculos entre el sector formal y el informal de la economía, de las formas de trabajo no pagado y de las gigantescas migraciones laborales ha pasado a ser central para comprender los actuales procesos de precarización e inestabilidad en los mercados de trabajo, así como en la incertidumbre respecto de las trayectorias laborales de las personas. Las diferencias en los precios y los salarios a nivel global y los vínculos entre bajos salarios y trabajo no pagado en los hogares son centrales para entender las formas actuales de acumulación de capitales.

Los sistemas de producción flexibles generan inestabilidad y fluctuaciones en los puestos de trabajo y extensiones o reducciones en los horarios laborales que han modificado radicalmente la organización de la

vida cotidiana y los significados de la reproducción y la sexualidad. La privatización de servicios que durante los procesos de industrialización fueron públicos, el cuestionamiento del rol proveedor masculino relacionado con la disminución de los costos de producción en busca de competitividad, así como la creciente participación laboral de las mujeres modificaron profundamente las relaciones íntimas y la vida cotidiana (Olavarría, 2006: 61).

El modelo de economía de mercado ha impulsado paralelamente una expansión de la educación media superior y superior y una disminución de los salarios de los trabajadores con elevados grados de educación formal. La relación existente entre escolaridad secundaria o terciaria y pertenencia a los sectores sociales medio-altos y altos se está modificando en las sociedades latinoamericanas, en el sentido de que mientras el acceso a la enseñanza media y superior se está expandiendo, los estudios ya no garantizan por sí solos ni un ingreso elevado ni un lugar seguro en los mercados de trabajo. Al mismo tiempo, la masificación de la enseñanza media y de los medios masivos de comunicación está tendiendo a homogeneizar algunos comportamientos y estilos de vida, incluyendo las prácticas sexuales de los jóvenes.

Conjuntamente con estos importantes cambios en el mundo del trabajo y en el carácter del estado, en el contexto europeo se ha producido una fuerte transformación de las relaciones íntimas, incluyendo las prácticas sexuales, los vínculos amorosos, el emparejamiento y la vida marital, acompañadas de muy baja fecundidad. La demografía ha empezado a estudiar y comparar las prácticas sexuales, observando que en las generaciones más jóvenes las trayectorias sexuales de hombres y mujeres tienden a ser más similares y se desvinculan de la vida marital. Se debate sobre un posible debilitamiento de la influencia de las instituciones y de las estructuras sociales en la configuración de las prácticas sexuales y de emparejamiento. Mientras que para algunos enfoques, el debilitamiento de la unión conyugal estable como único marco aceptado para las prácticas sexuales y el descenso de la fecundidad por debajo de los niveles de reemplazo constituyen una transición demográfica que se extenderá a toda la modernidad contemporánea (segunda transición demográfica), otros pensadores estiman que existe una estrecha relación entre los cambios en la sexualidad, el matrimonio y la fecundidad con los cambios en el mundo del trabajo, que lejos del ideal de la familia con padre proveedor, hijos estudiantes y madre dedicada al hogar generan una diversidad de realidades de vida privada, de formas familiares y de intimidad sexual (Livi-Bacci, 2004; Lucker 1995; Olavarría 2006: 61).

Las normas sobre los comportamientos sexuales en el mundo contemporáneo.

Si bien en el mundo se ha expandido una normatividad característica de las formas presentes de intimidad sexual, continúan existiendo diferencias muy marcadas en lo que las personas declaran en encuestas por muestreo sobre sus prácticas heterosexuales. La proliferación de discursos sobre la sexualidad, los crecientes procesos de individuación y de interiorización de las normas y la hegemonía de una normatividad científicista sobre la sexualidad en los países occidentales y occidentalizados no implica una liberación de las prácticas sexuales respecto de las relaciones de poder imperantes en todo orden social, sino que se relaciona con transformaciones en esas jerarquías sociales. En este trabajo se busca ubicar las declaraciones de los adolescentes sobre sus prácticas sexuales en el orden social generado por las transformaciones hacia sociedades exportadoras de libre mercado en las cuales el estado juega un papel subsidiario.

La hipótesis central que orienta este trabajo propone que en América Latina coexisten diversas realidades y diversas normas respecto de las prácticas sexuales de los jóvenes. En algunos segmentos de nuestras sociedades, sobre todo en las zonas rurales y en los estratos de menor ingreso socioeconómico, las normas que vinculan la sexualidad de las mujeres jóvenes al parentesco y al matrimonio continúan siendo observadas. En otros contextos y grupos sociales más modernizados y escolarizados, donde se exigen mayores niveles de autonomía a los individuos, las normas sobre el comportamiento sexual adecuado se multiplican y diversifican, correspondiendo más a un campo de decisión y responsabilidad individual que a una vigilancia social.

Una manifestación evidente de las sexualidades como un campo donde intervienen relaciones de poder y desigualdades sociales se refiere al orden de género y la persistente diferencia en las declaraciones de hombres y mujeres sobre sus prácticas heterosexuales, aún en los países occidentales más modernos. Otro indicio de los vínculos entre expresiones de la sexualidad y desigualdad social son las diferencias de los países Europeos entre sí, y de las diversas regiones del mundo. En América Latina juegan un papel muy importante las diferencias por clase social o por estrato socioeconómico.

Los indicadores demográficos que dan cuenta de diferencias en las prácticas sexuales entre países y regiones señalan que en los países del norte de Europa y algunos del centro de ese continente, la unión marital se ha hecho más tardía y el inicio de la vida sexual se ha hecho más temprano y semejante para ambos sexos, separando la vida sexual de la vida matrimonial incluso entre las mujeres. Las trayectorias sexuales de hombres y mujeres son semejantes, ya que ambos inician sus actividades sexuales a edades semejantes y en relaciones o encuentros completamente

desvinculados de la vida marital. Tanto en Estados Unidos como en el centro y norte de Europa, en años anteriores hombres y mujeres también iniciaban sus actividades sexuales en edades semejantes, pero eran más tardías. Esas edades eran cercanas a las edades de comienzo de la vida marital para ambos sexos, pero sobre todo para las mujeres. Los principales cambios recientes consisten en el comienzo más temprano de las relaciones para ambos sexos y su desvinculación del matrimonio, cambio que se vincula también con la extensión de la educación media superior al conjunto de las poblaciones de esos países y con la prevención de los embarazos y nacimientos entre la población soltera. En cambio, en muchas sociedades latinoamericanas, en los países latinos del sur de Europa y en algunos países de Asia persiste un elevado control social de la sexualidad de las mujeres, un inicio de las relaciones sexuales relativamente tardío en esas mujeres y una gran cercanía entre relaciones sexuales de las mujeres y uniones conyugales. El uso de anticonceptivos se concentra en los países latinoamericanos en las mujeres unidas maritalmente que ya tienen hijos. Los varones tienen un comienzo de la vida sexual más temprano que las mujeres, vinculado a presiones sociales y afirmaciones de la virilidad, existiendo proporciones importantes de inicio sexual con mujeres de mayor edad y con trabajadoras del sexo comercial. En estas sociedades, las trayectorias sexuales de mujeres y hombres son muy diferenciadas, pues en las mujeres se identifican más con las trayectorias maritales y en los hombres la trayectoria sexual y la matrimonial suelen ser muy separadas, sobre todo al inicio. En otras regiones del mundo, como el África sub-sahariana, las mujeres se unen maritalmente desde la pubertad empezando su vida sexual y reproductiva muy temprano. En cambio, los hombres se unen maritalmente a edades mucho mayores, existiendo fuertes diferencias de edad entre esposos y amplios periodos de sexualidad pre marital para los hombres (Bozon, 2003).

En el caso específico de América Latina, algunas investigaciones recientes sugieren que las transformaciones contemporáneas de la intimidad se dan de manera diferenciada para hombres y mujeres, entre generaciones y entre grupos sociales desiguales (Valdés, Gysling y Benavente, 1996; Bozon y Heilborn, 2006; Stern y Menkes 2008; Szasz 2008). Dada la persistente desigualdad social existente en América Latina y su heterogeneidad, el debate sobre las posibilidades de extensión de los cambios ocurridos en Europa Occidental hacia América Latina, y de conceptualizarlos como una “segunda transición demográfica” se tornan aún más controvertidos.

Las prácticas sexuales de los adolescentes en México y en Chile a comienzos del Siglo XXI. Desigualdades de género y clase social.

México y Chile son dos contextos latinoamericanos “emergentes” en términos de su crecimiento económico e ingreso *per cápita*, que coinciden también en una distribución extremadamente desigual de los ingresos que tiende a aumentar. Sin embargo, las vidas de los jóvenes de 15 a 19 años en ambos países parecen bastante diferentes. En Chile, a pesar de la acentuada y creciente desigualdad en los ingresos, cerca del 70% de los adolescentes de 15 a 19 años de ambos sexos cursan la educación media superior, mientras que en México esa cifra es cercana al 45% de los jóvenes (CEPAL, 2004: 331 y 332). Esta diferencia determina experiencias semejantes para el 70% de los jóvenes de 15 a 19 años en Chile, mientras que poco más de la mitad de los adolescentes mexicanos permanecen fuera del sistema escolar y viven experiencias muy divergentes de trabajo, migración, maternidad, paternidad y formación de parejas conyugales. Más de una cuarta parte de los varones de ese grupo de edad se dedican exclusivamente a trabajar y un porcentaje superior al 10% de las jóvenes de 15-19 años inician su vida marital en esa etapa de la vida. Cerca del 80% de los embarazos en la adolescencia en México ocurren entre jovencitas que ya están unidas maritalmente o que se unen con su pareja a raíz del embarazo (Stern y Menkes 2008: 367).

Estas profundas diferencias en las experiencias que viven los jóvenes chilenos y los mexicanos entre los 15 y 19 años se expresan también en las prácticas sexuales. Una primera mirada a las encuestas por muestreo que dan cuenta de las prácticas sexuales declaradas por los jóvenes de 15 a 19 años en ambos países a comienzos del siglo XXI sugiere la necesidad de profundizar en las posibles relaciones existentes entre las diferencias estructurales en los estilos de desarrollo de ambos países, las condiciones materiales y sociales que viven los jóvenes de los dos contextos y las políticas sexuales diferenciadas que se deben pensar para contextos distintos. Mientras que las experiencias de vida de dos tercios de los adolescentes chilenos de diferentes estratos de ingreso y de distinto sexo parecen más homogéneas por compartir la asistencia escolar, las de los jóvenes mexicanos son mucho más heterogéneas, sobre todo entre hombres y mujeres y también según estratos de ingreso.

En Chile, el 100% de los hombres y las mujeres que tenían 25 años en 2006 declararon que ya habían tenido relaciones sexuales (Dides et al., 2008: 18). En México, una proporción superior al 40% de las mujeres retrasa el inicio de su vida sexual (al menos en las declaraciones que hacen en las encuestas) hasta después de los 19 años y una quinta parte hasta después de los 24 años, especialmente si residen en zonas urbanas y ac-

ceden a una escolaridad elevada (Solís, Gayet y Juárez, 2008: 408; Szasz 2008: 444).

Si bien más de dos tercios de los chicos y chicas de 15 a 19 años en Chile asisten a la escuela, las proporciones varían desde menos del 70% en los estratos bajos hasta más del 85% en el estrato alto. En México, la variación es mayor, desde menos de una cuarta parte de los adolescentes en los estratos muy bajos hasta más del 80% en el estrato de ingresos más alto (OIT 2007, Chile; OIT 2007, México).

En ambos países, una proporción importante de los jóvenes adolescentes que no asisten a la escuela trabajan o busca trabajo. Las diferencias consisten en que en Chile la proporción de participación en la población económicamente activa es menor, las tasas de desempleo son mayores, hay más posibilidades de trabajo decente para los adolescentes y hay menos diferencias entre hombres y mujeres. En México la proporción de adolescentes que trabaja es mayor y el desempleo es menor, pero el 80% de quienes trabajan son varones y su inserción en condiciones informales de trabajo es elevada. En las mujeres adolescentes la proporción de quienes participan en la actividad económica y de quienes son madres es semejante (OIT 2007, Chile; OIT 2007, México).

Aunque en Chile las experiencias de vida de los adolescentes hombres y mujeres son más semejantes porque ambos sexos viven una asistencia escolar prolongada, hay diferencias por estratos socioeconómico en sus experiencias sexuales. En los dos países analizados, más de – partes del embarazo y la fecundidad en adolescentes se concentra en los estratos socioeconómicos más bajos. En ambos contextos, las relaciones sexuales más tempranas de las adolescentes se producen en los estratos socioeconómicos más bajos y con menor asistencia escolar, pero se trata de unas relaciones sexuales que resultan en maternidad temprana en el caso de Chile y en uniones conyugales tempranas en el caso de México. Mientras en México en 80% de los casos las jovencitas que se embarazan en la adolescencia viven con una pareja marital desde antes o durante el embarazo, en Chile la inmensa mayoría se transforman en madres solteras. Las diferencias por estratos socioeconómicos sugieren que la mayor permanencia escolar no solamente permite a los y las jóvenes de los estratos económicos altos continuar su educación después de los 20 años y tener inserciones laborales ventajosas, sino que también les facilita mantener relaciones sexuales en vínculos afectivos desligados de la procreación y del matrimonio (OIT 2007: Chile y México; Rodríguez, 2005; Olavarría 2007: 21 y 22; Stern y Menkes 2008: 358 y 367; Szasz 2008: 442 y 446).

Si bien en ambos países casi la totalidad de los jóvenes varones permanecen solteros hasta los 20 años, en México la proporción de quienes contraen una unión marital antes de esa edad es ligeramente mayor. La diferencia más importante aparece entre las mujeres adolescentes: mientras en Chile solamente 5.3% de ellas vivía con una pareja conyugal,

en México esa cifra se eleva al 15% de las jovencitas de 15 a 19 años (Chile: Olavarría, 2006: 179; México: cálculos propios con base en la Encuesta Nacional de la Juventud 2005).

En ambos países, son los adolescentes de los estratos económicos bajos y muy bajos quienes con mayor frecuencia no estudian y se dedican exclusivamente a trabajar, y en ambos países, las jovencitas de esos estratos socioeconómicos contraen uniones maritales tempranas en una proporción mayor. El solo hecho de cursar la enseñanza media-superior, aún en las jovencitas de más bajos ingresos, puede contribuir a diferir la edad a la primera relación sexual y la primera unión marital en México, mientras que en Chile únicamente ayuda a posponer las uniones maritales, pero no evita las relaciones sexuales tempranas (Olavarría 2006: 177-181; Szasz 2008: 442 y 443).

La diferencia más marcada se observa en las mujeres mexicanas respecto de los hombres adolescentes en el mismo país y de mujeres y hombres en Chile: un 15% de las mexicanas de 15 a 19 años entrevistadas en la Encuesta Nacional de la Juventud de 2005 ya se encontraban casadas, conviviendo con una pareja o separadas. A este factor contribuye que en México tanto el 50% de las mujeres como de los varones unidos maritalmente declaran en las encuestas por muestreo que su primera residencia marital fue la casa de los padres de él, de ella o de otros parientes (Szasz 2008; Contreras, 2006). Esta opción de llevarse a una joven a la casa de sus padres para iniciar una unión conyugal, tan extendida en México, no parecen tenerla los adolescentes chilenos, quienes tienden a iniciar las relaciones sexuales durante la adolescencia, pero fuera del contexto de una unión conyugal.

Si bien en ambos países se observan diferencias de género (las mujeres posponen más el inicio de las relaciones sexuales y una proporción menor se declara sexualmente activa en la adolescencia) las declaraciones de los jóvenes y las jovencitas en Chile tienden a ser más semejantes. La proporción de hombres y mujeres adolescentes que ya han tenido relaciones sexuales es cercana y una abrumadora mayoría inicia esas relaciones sexuales en una relación de noviazgo o "pololeo", aunque una proporción minoritaria de los varones adolescentes las empieza con una amiga o en una relación ocasional. Es decir, casi todos los adolescentes que tienen relaciones sexuales las tienen fuera del contexto de una relación marital (INJUV, 2007; Olavarría, 2007: 171-177).

En cambio, el contraste entre hombres y mujeres en México es notable, no solamente porque apenas una cuarta parte de las chicas de 15 a 19 años reconoce haber tenido relaciones sexuales, sino también porque la mayor parte de ellas ya están o han estado unidas o casadas. Apenas un poco más de un 10% de ellas se atreve a manifestar ser sexualmente activa a pesar de no estar casada o unida, mientras que en Chile el 95% de las adolescentes que declaran tener relaciones sexuales no viven con una pa-

reja conyugal. En ambos países, las adolescentes solteras sostienen esas relaciones sexuales con un novio (Encuesta Nacional de la Juventud, México, 2005; Olavarría, 2007: 177). Estas declaraciones sugieren normas de género diferenciadas para ambos países, que posiblemente se relacionan con condiciones sociales diferentes que hacen muy distintas las experiencias de vida de los adolescentes. En Chile, la mayor homogeneidad de prácticas sexuales que declaran chicos y chicas menores de 20 años se puede relacionar con el hecho de que casi tres cuartas partes de ellos son estudiantes que cursan la enseñanza media-superior, a pesar de la enorme disparidad de los ingresos de sus hogares. En cambio, en México, la mitad de las jovencitas de 15 a 19 años que no estudian en su mayor parte tampoco trabajan. Estas diferencias hacen extremadamente diferentes las experiencias de vida de los hombres y las mujeres menores de 20 años que no estudian en México. Cerca de la mitad de las adolescentes no asisten a la escuela y una proporción significativa vive en unión conyugal y tiene hijos. A su vez, alrededor de un tercio de los varones adolescentes trabajan o buscan trabajo y han dejado de estudiar, mientras que en Chile esa proporción es de un 13% para ellos y un 5% para ellas. Si consideramos que son los jóvenes de los estratos de menores ingresos los que menos estudian en ambos países, en Chile un 25% de los jóvenes pobres no estudia y tanto ellos como ellas trabajan o buscan trabajo, siendo mínima la proporción de chicas que vive con una pareja (OIT 2007: Chile; Olavarría 2007). En México, en cambio, cerca de la mitad de los adolescentes pobres no estudia, pero ellos trabajan o buscan trabajo y ellas (en una proporción importante) viven con una pareja, tienen hijos y se dedican a las tareas del hogar (OIT 2007: México; Stern y Menkes, 2008: 367).

Existen diferencias en los ritmos y la intensidad con que ambos países han transformado el papel del estado y han flexibilizado sus mercados de trabajo. Mientras en Chile esta transformación se inició antes de 1980, se privatizaron completamente los servicios de salud, educación y seguridad social y se eliminaron las leyes que protegían a los trabajadores, en México los cambios en el papel del estado se iniciaron en 1982, han tenido una evolución más debatida y más lenta y a fines de la primera década del siglo XXI se siguen debatiendo. Por otra parte, en Chile donde la mayor parte de la enseñanza básica y media no es gratuita, desde 2004 se estableció la obligatoriedad de 12 años de escolaridad como mínimo. En México, en cambio, la escolaridad sigue siendo gratuita incluso en el nivel superior, pero solamente es obligatoria hasta completar 9 años de estudio. Es plausible que estas diferencias en los estilos de crecimiento económico y en las políticas educativas influyan para que las jóvenes chilenas de 15 a 19 años prioricen como su principal canal de movilidad social a los estudios, mientras que un elevado porcentaje de las jóvenes mexicanas deja de estudiar en la adolescencia y contrae una unión marital temprana. Es así que la inmensa mayoría de los embarazos previos a los 20 años ocurren

entre jovencitas mexicanas de estratos bajos, muy bajos y medios que ya habían dejado de estudiar antes de embarazarse (Stern y Menkes, 2008: 367). Esas mismas diferencias en las políticas económicas y educativas y en el papel del estado pueden influir en que una proporción importante de los adolescentes mexicanos varones de los estratos bajos trabajen en lugar de estudiar, y que sus parejas de iniciación sexual sean mayoritariamente ajenas a las relaciones de noviazgo, al contrario de los adolescentes mexicanos de estratos medios y altos, quienes estudian en proporciones mucho mayores y con mayor frecuencia inician su vida sexual en relaciones de noviazgo (Szasz, 2008: 442 y 444).

Comentarios finales

Nuestra primera exploración de algunos datos sobre las prácticas sexuales de los adolescentes mexicanos y chilenos sugiere la importancia de analizar las relaciones entre las condiciones históricas y estructurales de nuestros países, su mayor homogeneidad o heterogeneidad interna y la participación o ausencia de participación del estado en la economía y en los servicios sociales. Este tipo de examen del contexto histórico y social es necesario antes de establecer conclusiones acerca de un posible inicio de transformaciones demográficas semejantes a las de la Europa contemporánea en América Latina.

El grado de incorporación de los países a las normas culturales y circunstancias materiales propias del creciente proceso de globalización parece interceptarse de manera compleja con la estructura de clases de los países, con el orden de género, y con las normatividades predominantes sobre las sexualidades, de tal manera que no basta limitarse a los datos demográficos y sus cambios, sino que parece necesario intentar relacionarlos con los cambios sociales, normativos e históricos que experimentan las sociedades y sus grados de homogeneidad interna. Las experiencias de los adolescentes que cursan estudios medio-superiores y superiores, especialmente en los estratos de ingresos medios y altos, parecen ser más semejantes entre sí, independientemente de si son hombres o mujeres. En cambio, en el caso de los jóvenes de sectores de ingresos bajos es más frecuente que se incorporen al trabajo, a la migración laboral y a la vida marital en lugar de continuar sus estudios, determinando experiencias sexuales más diferenciadas. Estas son pistas que nos llevan a pensar que sus prácticas demográficas están vinculadas con las características de los distintos mercados de trabajo y los mercados matrimoniales en los cuales participan los adolescentes y jóvenes.

La comparación de los datos sobre los adolescentes de ambos sexos y diferentes estratos socioeconómicos en México y en Chile sugiere que mientras en el país austral el cambio de los significados de la sexualidad que los desvincula de la vida laboral de los hombres y del matrimo-

nio en las mujeres es más acentuado en Chile, mientras que en México coexisten las normas del parentesco propias de las sociedades agrarias en los estratos socioeconómicos muy bajos con los ideales modernos del amor romántico y la familia nuclear que se asocian al trabajo asalariado urbano en los estratos medios, además del surgimiento de visiones de la sexualidad que la vinculan en ambos sexos con las relaciones afectivas, el deseo y el consentimiento mutuo, sobre todo en los sectores de altos ingresos.

La mayor homogeneidad o heterogeneidad de las prácticas sexuales declaradas por los adolescentes según si son hombres o mujeres, según sus estratos sociales de pertenencia, según si trabajan o estudian, según si están unidos maritalmente o viven con sus padres, o según el carácter del estado y las características de los mercados de trabajo de sus países tiene importantes implicaciones para las políticas sobre salud reproductiva y sexualidad dirigidas a los jóvenes. Son distintos los servicios y la información que requieren los y las jóvenes que tienen prácticas sexuales mientras están estudiando y son solteros, respecto de las que necesitan las jóvenes que viven en contextos donde el inicio de su vida sexual coincide con su unión conyugal temprana y con la inserción laboral de sus parejas masculinas. En situaciones sociales diferenciadas las prácticas sexuales adquieren significados diferentes y sus consecuencias sociales y de salud son distintas, aunque se trate de jóvenes de edades semejantes. Tal vez la distinción más importante se refiere a la situación conyugal de los y las jóvenes que declaran tener vida sexual activa, pero también es importante conocer las diferencias en la inserción escolar, laboral y migratoria de los jóvenes de ambos sexos, así como la presencia de embarazos y el acceso a la anticoncepción y a la interrupción de embarazos en condiciones seguras para la salud. Todos estos aspectos están estrechamente vinculados al orden de género y a la estructura de clases sociales vigente en cada país.

Notas

¹ El Colegio de México, México. iszasz@colmex.mx

Bibliografía

- BOZON, Michel (2003), "At what Age do Women and Men have their First Sexual Intercourse? World Comparisons and Recent Trends", *Population and Societies* num. 392, junio, pp. 1-4.
- BOZON, Michel y Henri Leridon (1996), *Sexuality and the Social Sciences: a French Survey on Sexual Behaviour*, Dartmouth, Aldershot, Alemania.
- BOZON, Michel y Heilborn, María Luiza (2006), "Iniciacao a Sexualidade: Modos de socializacao, interacoes de genero e trajetorias individuais", *O aprendizado da sexualidade. Reproducao e trajetorias sociais de jovens brasileiros*, Editora Fio

- Cruz y Garamond Universitaria, Rio de Janeiro, Brasil, pp. 156-205.
- CALDWELL, John (1982), *Theory of Fertility Decline*, Academic Press, Nueva York.
- DIDES, Claudia, José Manuel Morán, María Cristina Benavente y María Soledad Pérez (2008), *Salud sexual y reproductiva en Chile 2007: actualización de datos estadísticos*, UNFPA y FLACSO-Chile, Santiago, Chile.
- INJUV 2007, Informe sobre la Encuesta Nacional de la Juventud 2006, Chile (CD-ROM).
- LIVI-BACCI, Massimo (2004), *La transición demográfica en Europa y América Latina*, Conferencia Magistral presentada en El Colegio de México, mayo, Distrito Federal, México.
- LUKER, Kristin (1996), *Dubious Conceptions: the politics of teenage pregnancy*. Harvard University Press, Cambridge.
- OIT (2007), *Trabajo decente y juventud. Chile*, Oficina Internacional del Trabajo, Lima, Perú.
- OIT (2007), *Trabajo decente y juventud. México*, Oficina Internacional del Trabajo, Lima, Perú.
- OLAVARRÍA, José (2006), *Varones adolescentes: cuestiones en torno a género, identidades y sexualidades ¿responsabilidades y derechos?*, Tesis para optar al grado de doctor en ciencias sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- RODRÍGUEZ, Jorge (2005), "Reproducción en la adolescencia. El caso de Chile y sus implicaciones de política" en *Revista de la CEPAL* 86, agosto, Santiago de Chile.
- SOLÍS, Patricio, Cecilia Gayet y Fátima Juárez (2008), "Las transiciones a la vida sexual, a la unión y a la maternidad en México: cambios en el tiempo y estratificación social", Susana Lerner e Ivonne Szasz (Coordinadoras), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México* Tomo I, El Colegio de México, México, pp. 397 a 428.
- STERN, Claudio y Catherine Menkes (2008) "Embarazo adolescente y estratificación social", Susana Lerner e Ivonne Szasz (Coordinadoras), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México* Tomo I, El Colegio de México, México, pp. 347-396.
- SZASZ, Ivonne (2008), "Relaciones de género y desigualdad socioeconómica en las construcción social de las normas sobre la sexualidad en México", Susana Lerner e Ivonne Szasz (Coordinadoras), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México* Tomo I, El Colegio de México, México, pp. 429-475.
- TILLY, Charles (editor) (1978), *Historical Studies of Changing Fertility*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.
- VALDÉS, Teresa, J. Gysling y M. Benavente (1996), "Power and Sexuality in Upper-Middle Class Women's Lives", ponencia presentada en la conferencia internacional *Reconciling Sexuality: International Perspectives on Gender, Sexuality and Sexual Health*, 14 al 17 de abril, Río de Janeiro, Brasil.